

Discurso del Bibliotecario Nacional

Excelentísimo señor Presidente de la República; Monseñor Carrasquilla, señoras y señores.

Por iniciativa del Excelentísimo señor Presidente de la República y de su Ministro en el despacho de Instrucción y Salubridad Públicas, la Biblioteca Nacional se hace partícipe del sincero homenaje que rinde la nación a don Ricardo Carrasquilla, institutor y hombre de letras, quien por su tenaz empeño en pro de la cultura patria, se hizo acreedor al afecto y veneración de los colombianos.

Y para exaltar debidamente su memoria hoy inauguramos en el salón «Ricardo Carrasquilla», la sección pedagógica de este Instituto, con cerca de tres mil volúmenes, número que irá creciendo con todo lo concerniente a la materia. Aquí los educadores del siglo XVIII, como Pestalozzi, a quien se debe el trabajo manual escolar, precursor del Sloyd sueco; Herbart, que combinó los métodos de la antigua educación con el sistema del gran maestro suizo; Froebel, el padre del Kindergarten; Horacio Mann; los modernos Davidson, Compayré, Chabot, el profesor de Ciencia Pedagógica en la Universidad de Lyon, y los contemporáneos Montessori, Decroly y el Inspector escolar Edmundo Bloiguernon, que tanto ha hecho por la educación de los niños en Francia. Reuniremos asimismo los mejores libros de texto, aquéllos que dan la norma de la enseñanza activa: tratados sobre higiene y gimnasia, programas instructivistas, revistas pedagógicas; en suma, de todo lo que sirva para formar un centro de información y estudio a donde los catedráticos, maestros y padres de familia acudan en busca de conocimientos y nuevas

ideas en el arte de educar a los niños y a los jóvenes. Presidirá estos anaqueles el retrato al óleo que acaba de descubrirse, obra del artista Gómez Campuzano. Bien queda este lienzo en el austero recinto de la Biblioteca, de la cual fue don Ricardo Carrasquilla digno director. Y como complemento de este fondo bibliográfico hemos empezado ya a formar la sección infantil, cuyo radio de acción habrá de extenderse hasta tocar la escuela más lejana y humilde de nuestros campos.

Se sabe que los hábitos los adquiere el hombre en su niñez, la edad en que es fácil imprimir tendencias. Cuando no se logra el hábito de la lectura en la edad temprana, es muy difícil adquirirlo más tarde. Mostrar a un pequeñuelo un álbum de grabados e historietas relacionadas con las varias actividades infantiles; poner en sus manos un libro sano e instructivo equivale al *fiat lux* del Evangelio: es encauzar aquella curiosidad, aquel anhelo del saber inherentes a la niñez; es cultivar una mente y formar un corazón; cimentar las columnas que han de sostener todo el edificio humano. Es labor patria.

El señor secretario del Ministerio acaba de exponer elocuentemente la tarea del señor Carrasquilla como educacionista, y decirnos cómo por intuición y sin conocer los tratados de pedagogía moderna, se adelantó a su época, introduciendo en el colegio que regentaba, sistemas de educación preconizados hoy en los países cultos. Por lo que a mí toca he de limitarme a bosquejar apenas sus talentos literarios y dejaros entrever la hermosura de aquel corazón donde anidaron todas las prendas del hijodaldo y del cristiano.



La producción literaria del señor Carrasquilla no fue muy abundante pero sí de incuestionable mérito. Un volumen de versos que él modestamente intituló «Coplas» contiene poesías de distintos géneros; unas serias, dedicadas a la familia, entre las que sobresalen «El abrazo» y «Los Soldados de Colombia»; otras que pudiéramos llamar filosóficas, como «El hombre y la mujer» y el inspirado soneto «La pomba de jabón», en donde, a la tersura del lenguaje, se junta la suavidad y delicadeza del pensamiento. Dice así:

Trémula nace, vacilante crece;
Pálidas tintas de amaranto y rosa
Brotando van sobre su faz lumbrosa
Donde por fin el iris resplandece.

A impulso del aliento que la mece,
De su cuna se arranca ruborosa,
Y entregándose al aura cariñosa,
Ufana vuela, elévase y fenece.

Tal nace la ilusión; al blando aliento
De la esperanza, ensánchase y fulgura,
Inundando de luz el pensamiento;

Lánzase al porvenir radiante y pura,
Ufana vuela, elévase un momento,
Y un momento fugaz tan sólo dura.

En «Ecos de los zarzos», rimas que datan de la guerra civil de 1861, fustiga alegremente el régimen político de la época. Son estrofas llenas de originalidad y de gracia, hecha, como su nombre lo indica, al amparo de aquel escondite predilecto de los antiguos bogotanos, en tiempos de revuelta. Según lo expresa el poeta:

Si el jefe municipal
Estaba de mal talento,
Y mandaba en el instante
Publicar la ley marcial.

En zarzo lleno de tierra
Estábame yo metido,
Pues soldado prevenido
Dicen que no muere en guerra.

Y allí siempre acurrucado,
Por ser bajísimo el techo,
A la escasa luz de un mechero
En un adobe pegado,

Sobre la tosca pared
Con un carbón escribía,
Dejando mi fantasía
De las musas a merced.

Inspiraciones que leía después en los mosaicos, entre las risas y aplausos de sus amigos mosqueristas.

Existía entonces en Bogotá una sociedad literaria, «El Liceo Grananadino», cuyos trabajos se coleccionaron en el periódico *El Mosaico*, y de aquí el nombre de mosaicos a las tertulias íntimas de algunos miembros del Liceo. Concurrían por lo general, Vergara y Vergara y Salvador Camacho Roldán; Carrasquilla y Teodoro Valenzuela; Marroquín y José María Samper; Ricardo Silva y José David Guarín, Jorge Isaacs, Ángel María Galán, Aníbal Galindo y otros varios. Como dice un escritor contemporáneo, «el Mosaico dirigió la corriente desbordada del romanticismo por los cauces del buen gusto; les enseñó prácticamente la virtud cristiana de la tolerancia, sin perjuicio de la integridad de los principios. Allí se leyeron antes de publicarse «La Perrilla» de Marroquín; las letrillas salerosas de Carrasquilla; los ingeniosos escritos literarios de Vergara. De aquellas tertulias salieron «La Manuela», de Eugenio Díaz, los dos tomos de cuadros de costumbres y los cuatro de El Mosaico; los socios costearon a escote la publicación de las poesías de Isaacs, y a poder de los ruegos, elogios

y consejos, brotó del cerebro del egregio joven caucaño la inmortal «María» como Minerva de la cabeza de Júpiter» (1).

Aquellas reuniones tuvieron influencia decisiva en el desenvolvimiento de la cultura nacional. Desde entonces la gentileza colombiana traspasó las fronteras y nuestra capital mereció del extranjero el honroso epíteto de la Atenas de Sud-América. Cuentan las crónicas del Mosaico que una tarde, en medio de alegre reunión y a punto de sentarse a la mesa, se presentó a deshora el doctor Murillo Toro, a la sazón presidente de la República. Cuando fueron a tomar la copa precursora de la comida, alguno le dijo a Carrasquilla que brindara. Este se puso en pie y dijo:

 Mi brindis es muy sencillo:
aunque algunos somos godos,
brindemos alegres todos
por el amigo Murillo.

Carrasquilla fue ante todo un poeta festivo, pero en todas sus producciones de este género bien pronto se percibe un pensamiento levantado, alguna enseñanza moral. Sirva de ejemplo, entre las poesías que él llamó «Bagatelas», aquellas tan conocidas y celebradas, «Un sabio» y «Lo que puede la edición». Las tituladas «Pérdidas y ganancias» y «El poder del hombre», son composiciones que no desdeñarían por suyas Breton de los Herreros o Baltasar de Alcázar, el autor de LA CENA. Y en materia de letrillas, creo que no le va en zaga a ninguno de los mejores poetas que han cultivado esta rima en la madre patria. En prueba de lo dicho permitidme leeros la que lleva por nombre

(1) Monseñor Rafael M. Carrasquilla. «Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario».

NO ES BUENO MURMURAR

 ¿Cómo es que sin trabajar,
Cierta lindo mocetón
Gasta con tal profusión
En la fonda, en el billar,
En vestir y en obsequiar
A numerosas amigas?

 —Chito, Fabio, no lo digas,
Que no es bueno murmurar.

 ¿Cómo es que don Baltasar,
Tan conocido en la villa,
Y que ayer en la cartilla
Empezaba a silabar,
Ha conseguido trepar
A puesto tan eminente?

 —Chito, Fabio, sé prudente,
Que no es bueno murmurar.

 ¿Cómo se puede explicar
Que quien siempre fue cobarde,
Ande agora haciendo alarde
De valiente militar;
Y se pueda imaginar
Que es segundo Federico?

 —Chito, Fabio, cierra el pico,
Que no es bueno murmurar.

 ¿Cómo se atreve a ostentar
Que es patriota y buen cristiano,
Y excelente ciudadano
Quien no quiere trabajar,
Y sólo se ocupa en dar
Dinero al cuatro por ciento?

 —Cada cual sabe su cuento,
Y no es bueno murmurar.

¡Ay del que osare robar
 Dos mil pesos para abajo!
 En un presidio, el trabajo
 Le hará su crimen pagar;
 Pero el que logre arruinar
 Media nación, ese... — Fabio!
 Cierra por tu vida el labio,
 Que no es bueno murmurar.

Entre sus escritos en prosa, distinguidos por un estilo claro, preciso y elegante, el más serio en el fondo es «Sofismas anticatólicos vistos con microscopio», ingeniosamente expuestos en forma de comparaciones, y que lo señalan como verdadero filósofo y docto en teología. Hay otros en que pasa de la prosa al verso, con la mayor naturalidad, y al parecer sin notarlo siquiera. Ahí están característicos de ese modo de escribir el artículo de costumbres «Lo que va de ayer a hoy», con aquel admirable diálogo de dos chicos que se desafían a la salida de la escuela, y su tratado de «Literatura homeopática», que enseña a condensar en dosis minúsculas las obras más famosas de la literatura y de la historia. «En este afortunado siglo», dice el señor Carrasquilla, «tan justamente apellidado de las luces, se ha descubierto que el espíritu es nada y la materia todo; y que el tiempo es un tesoro inestimable, no por ser el corto plazo concedido al hombre para conquistar una felicidad eterna, sino porque vale dinero. Persuadidos de esta poética verdad los hombres, y hasta las mujeres de progreso, procuran hacerlo todo en el menor tiempo posible; y con los modernos descubrimientos no hacen sino compendiar todo lo que nos legaron los pasados siglos:

Pues un ferrocarril, si se calcula,
 Viene a ser el compendio de una mula;

Y un billete de banco, bien mirado,
 Es oro compendiado;
 Y el cable submarino, según creo,
 Es compendio abreviado del correo;
 Y una niña coqueta y descarada
 Es legión de demonios compendiada.

«Y si todo marcha a paso de vencedores, por qué sólo la literatura ha de permanecer estacionaria? Quién no se indigna, al ver que Fenelón gasta una página entera de Telémaco para decir que Calipso,

A pesar de ser mujer
 Y a pesar de sus deslices,
 Ne pouvait se consoler
 De la partida de Ulises?

«A qué se reduce toda la Iliada? A enseñarnos que

Se robaron una niña,
 Y como era linda joya,
 Hubo furibunda riña,
 Y ardió la ciudad de Troya».

Fuera del tomo de poesías de que se ha hecho mención, dejó don Ricardo otras composiciones en prosa y en verso, dispersas en diferentes publicaciones de la época; algunas permanecieron inéditas por muchos años. Afortunadamente, para bien de las letras colombianas, los catedráticos del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario han tenido la idea feliz de reunir en un solo volumen, en edición nítida y elegante, todo el acervo literario del señor Carrasquilla, como muestra de admiración al literato y de respetuoso cariño al que lleva su nombre y que ha sabido ser en todo tiempo para nosotros amigo fiel y sabio consejero.

Fue don Ricardo Carrasquilla orador elocuente no sólo en la oportuna expresión de la idea, sino en el

aire y compostura. Su actitud era noble; la voz grave y sonora, ancha y audaz la frente, la mirada honda y expresiva. Todo en él atraía y subyugaba desde el principio; no de otra manera se explican las conversiones que llevó a cabo cuando hablaba en público y aún en conversaciones familiares. Porque su catolicismo fue práctico y ferviente, sin alardes de devoción o escrúpulo. Cumplía sus deberes para con Dios con aquella piedad simpática y discreta, que es verdaderamente edificante.

Su hogar modesto y apacible, fue como la tienda de las edades bíblicas, plantada bajo la encina del valle de Mambré: un santuario de fe y de amor agraciado por la noble dama, que al igual de la mujer fuerte del libro de los proverbios, siempre se mostró madre perfecta, esposa tierna y abnegada.

Rara vez se reúnen en un individuo como en don Ricardo Carrasquilla la suprema modestia llevada a la humildad, y el mérito eminente, no conocido por él mismo, sino estimado por los demás. Otro rasgo distintivo de su carácter, fue el de ser tolerante y benévolo. Empero, en el temple damasquino de aquella alma, no cabía contemplación a la perversidad e hipocresía, y en tratándose del culto a la moral, jamás conoció lo que ha dado en llamarse respetos humanos.

En cierta ocasión un personaje se creyó aludido en una letrilla de don Ricardo, resolvió desafiarlo y le mandó sus padrinos. Presentáronse ellos con aquel aire fingido de gravedad que parece ser de rigor en tales casos.

—Díganle a X que no me bato porque tengo miedo.

Y sin una palabra más los despidió secamente.

Pocos días después se encontró con el señor X. y lo saludó como si nada hubiera pasado.

—Es cierto que usted tiene miedo de batirse conmigo?

—Sí señor.

—Miedo de qué?

—De dejar viuda a mi mujer, huérfanos a mis hijos; de cometer un homicidio si yo lo mato a usted; de irme derecho al infierno si usted me mata a mí. Le parecen pocos motivos?

El otro le estrechó cariñosamente la mano.

Y sin embargo este hombre que no quiso batirse en duelo, tenía el valor activo que desprecia el peligro y aún se complace en él.

En 1854 se alistó en el ejército constitucional y combatió en la batalla del puente de Bosa. Por su brillante comportamiento en esa acción mereció una medalla de oro con esta leyenda: «Al valor del señor Ricardo Carrasquilla». Después asistió al combate de Tresesquinas y a la toma de Bogotá, como ayudante del general Ortega.

Una palabra más para terminar el esbozo de aquella gran figura moral: sencillo en sus gustos, grave sin presunción, alegre sin frivolidad, puro en sus pensamientos, palabras y obras, fue, en suma, todo lo que es ser bueno y caballero sin tacha.

Ha transcurrido cerca de medio siglo desde la muerte de este preclaro ciudadano, pero su espíritu perdura entre nosotros. Vivas están sus obras, y en descendencia ilustre, que es gloria y orgullo de la patria; vivos están su hermoso carácter, su bondad y sabiduría. De su vida entera se desprende una gran claridad donde descuellan rutilantes virtudes a semejanza de aquellos astros maravillosos que dejan en pós de sí una huella de luz, al través de cuya urdimbre misteriosa y sutil refulgen las estrellas.